

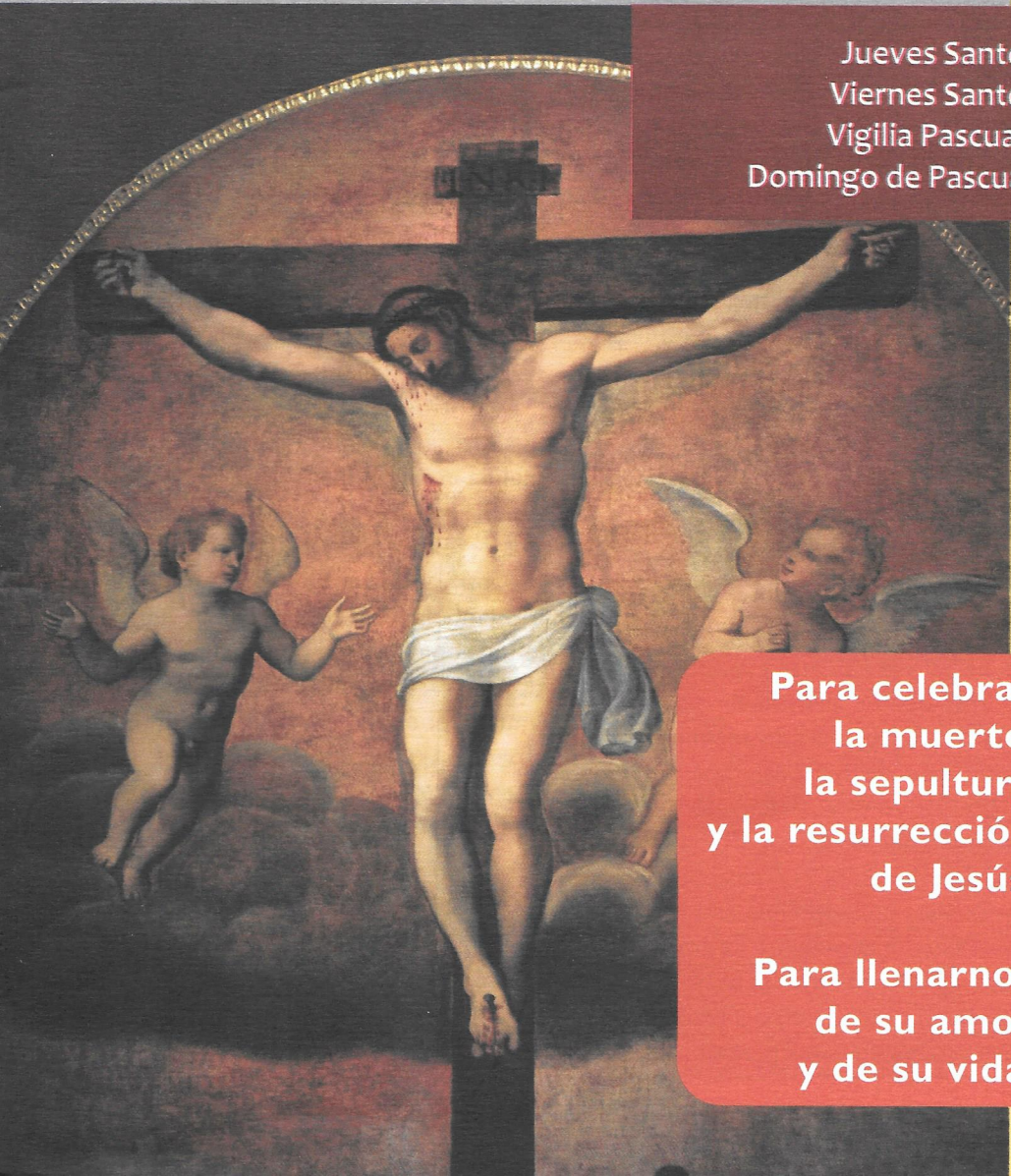
Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

6, 7, 8, 9 de abril de 2023

MD 2023 / 05

Jueves Santo / A
Viernes Santo / A
Vigilia Pascual / A
Domingo de Pascua / A



Para celebrar
la muerte,
la sepultura
y la resurrección
de Jesús.

Para llenarnos
de su amor
y de su vida.

EL CENÁCULO

Servicio y amor fraterno («lavar los pies»)

«Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando ya el diablo había inspirado a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos, y que había salido de Dios y que a Dios volvía, se levanta de la mesa... y se puso a lavar los pies de los discípulos» (Jn 13,1-11).

El oficio de lavar los pies era propio de los esclavos. El lavatorio de Jesús es algo insólito, paradójico; lo experimentaron los apóstoles y lo manifestó violentamente Pedro en nombre de todos: «Tú, Señor, ¿lavarme los pies a mí?». Sus palabras expresan nuestra forma de ver, nuestra manera humana de juzgar, nuestra incompreensión profunda de los designios de Dios. «Lo que yo estoy haciendo no lo entiendes ahora; lo comprenderás más tarde» (Jn 13,7), le dice el Señor. Esta respuesta recuerda una amonestación precedente de Jesús a Pedro, cuando este quería eliminar la cruz: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tropiezas eres para mí, porque tus pensamientos no

son los de Dios, sino los de los hombres!» (Mt 16,23).

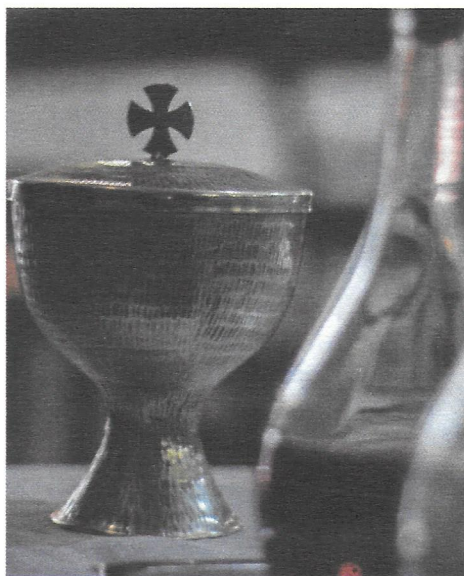
En el Cenáculo, Jesús mismo se complace en resaltar el aspecto insólito de la situación: «Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros» (Jn 13,14). El mismo encarecimiento aparece en los sinópticos: «Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos, y los que ejercen la autoridad sobre ellos se hacen llamar Bienhechores. Pero no así vosotros; sino que el mayor entre vosotros sea como el menor y el que manda como el que sirve» (Lc 22,25-26). La escena del lavatorio de los pies nos revela el alma de Cristo. Nunca fue más Él mismo que en este episodio singular, en el cual se encuentra la imagen expresiva que él quiso dejar de sí, su testamento: «¿Quién es más grande: el que está a la mesa o el que sirve? El que está a la mesa, ¿verdad? Pues yo estoy entre vosotros como quien sirve» (Lc 22,27). Jesús presta a sus discípulos un servicio propio de siervos, «se despojó de su rango», dirá Pablo, «tomando la condición de esclavo» (Flp 2,7-8).

Lavar los pies: amor total de Cristo

El hombre puede no aceptar el amor de Dios. Es el caso de Judas, que no quiere ser amado, que solo le interesan las cosas materiales, por eso dice san Pablo que la avaricia es idolatría (cf. Col 3,5), y Jesús nos enseña que no es posible servir a dos señores. También puede ser el caso del «devoto», que no quiere aceptar que también él tiene necesidad del perdón, que sus pies están sucios, que necesita la bondad de Dios. No aceptar la gracia es el riesgo a que se halla expuesto el hijo mayor en la parábola del hijo pródigo (cf. Lc. 15,18), el riesgo de los obreros de la primera hora (cf. Mt 20,1-16), el peligro de los que sienten envidia porque Dios es bueno. Desde esta perspectiva, ser cristiano significa dejarse lavar los pies o, en otras palabras, creer (Cf. J. Ratzinger, *El camino pascual*, Madrid 1990, 114).

Para ser cristiano verdadero hay que imitar la actitud de servicio de Jesús, como se manifiesta en el lavatorio de los pies en el Cenáculo. «Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habéis de lavaros vosotros los pies unos a otros» (Jn 13,14). Estas palabras no son una simple aplicación moral del hecho, sino que son la esencia de Cristo mismo. La actitud del Señor debe convertirse en la ley de los discípulos de Cristo; es una lección de humildad, que consiste en estar al servicio de todos: no se trata ya de subir, sino de

descender; no de ser servido, sino de servir; no de buscarse a sí mismo, sino de darse, no se trata de aparecer, sino de hacer. En una palabra: la vocación del hombre es amar. Con el lavatorio de los pies y el mandamiento del amor fraterno, los apóstoles entendieron que Jesús, no solo durante la Última Cena, sino también a lo largo de toda su vida pública, es el servidor de sus hermanos: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos» (Mt 20, 28). Aún por sus enemigos, como escribe san Agustín al hablar del lavatorio de los pies a Judas: «El Señor llegó al culmen de la humildad, al no desdeñar lavar los pies, ni siquiera a aquel cuyas manos habrían llevado a cabo el delito» (S. Agustín, *In Iohannis Evangelium Tractatus*, 55, 6 [PL 35,1787]).



Y esto vale sobre todo para los religiosos. El Pobrecillo de Asís lo había entendido bien y por eso decía continuamente que sus frailes deben llamarse Menores. Una vez, interrumpiendo la lectura de la Regla, dijo: «Quiero que nuestra Fraternidad se llame la Orden de los Hermanos Menores» (1Cel. [FF n. 386]). De hecho, la Primera Regla contiene estas palabras: «Nadie sea llamado prior, sino todos en general llámense Hermanos Menores. Y lávense los pies el uno al otro (cf. Jn 13,14)» (S. Francesco IRe VI,3 [FF n.23]) El Hermano Menor es, y debe ser siempre, el hombre del lavatorio de los pies en la noche de la Cena. El servidor de los hermanos, el que se pone por debajo de los otros para servirlos, siendo su pobreza expresión de su amor. Solo así se imitará a Cristo, que fue el «Servidor Pobre», como lo fue en la escena del lavatorio

de los pies y en la Eucaristía.

¡Qué bien lo entendieron* los franciscanos de Tierra Santa! Recuérdese que el rito de acogida de los peregrinos tenía como elemento central el lavatorio de los pies hecho por el custodio o guardián del Monte Sión en el mismo día de su llegada a la Ciudad Santa, primero en el mismo Cenáculo, y después en el convento de San Salvador, en 1559, después de su expulsión del Cenáculo (Cf. F. Quaresmi, *Elucidatio Terrae Sanctae*, IV, Peregrinación II, Cap. 1, Jerusalem 1989, 121). Esta emotiva ceremonia ponía de manifiesto el amor de Cristo a sus discípulos y el mandamiento del amor fraterno.

Fragmento del opúsculo El Cenáculo, el Monte Sión cristiano

FRAY ARTEMIO VITORES GONZÁLEZ, OFM





VICTIMAE PASCHALIS LAUDE

Domingo de Pascua

La secuencia *Victimae paschali laudes* es una joya de la tradición litúrgica latina y de la espiritualidad cristiana que canta al misterio pascual. Su texto está repleto de referencias bíblicas. La alegría y el entusiasmo que transmite nos hace ver la genialidad y la creatividad de su autor que exulta de dinamismo pascual. Sus orígenes se remontan a los inicios de la liturgia romana, atribuyéndose su autoría a Wipo de Burgundia, monje del siglo XI. Se trata de una secuencia medieval que encontramos en los

actuales leccionarios promulgados por el Concilio Vaticano II. Y, del centenar que habían, es una de las dos secuencias que quedan ahora en nuestra liturgia: *Victimae paschali* para Pascua y *Veni Sancte Spiritus* para Pentecostés.

Su uso es prescriptivo en el domingo de Pascua, pudiéndose utilizar durante toda la Octava pascual. Es un himno poético que se proclama antes del Aleluya del Evangelio, y que conviene escuchar sentados, pues hasta el Aleluya no es necesario ponerse en pie.



Vi - cti - mæ pa - schá - li lau - des ím - mo - lent Chri - sti - á - ni.



A - gnus re - dé - mit o - ves: Chri - stus ín - no - cens Pa - tri
Mors et vi - ta du - él - lo con - fli - xé - re mí - rán - do:



re - con - ci - li - á - vit pec - ca - tó - res. Dic no - bis Ma - ri - a, —
dux vi - tæ mór - tu - us, re - gnat vi - vus. An - gé - li - cos te - stes, —



quid vi - dí - sti ín vi - a? Se - pul - chrum Chri - sti vi - ven - tis,
su - dá - ri - um, et ve - stes. Sur - ré - xit Chri - stus spes me - a:

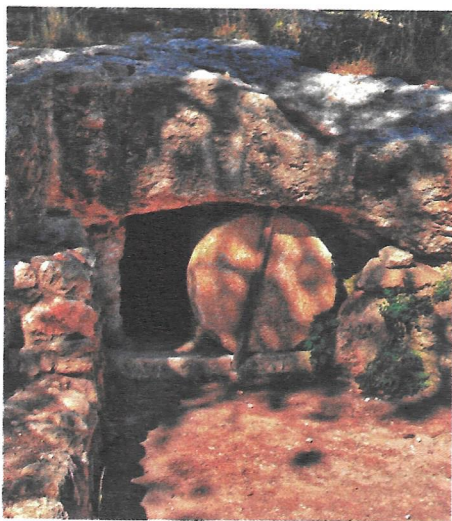


et glo - ri - am vi - di re - sur - gen - tis: Sci - mus Chri - stum sur - re - xis - se
præ - cé - det su - os ín Ga - li - læ - am.



a mór - tu - is ve - re: Tu no - bis, vic - tor Rex, mí - se - re - re.

1. Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima
propicia de la Pascua.
 2. Cordero sin pecado
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.
 3. Lucharon vida y muerte
en singular batalla,
y, muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta.
 4. «¿Qué has visto de camino,
María en la mañana?»
«A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,
 5. los ángeles testigos,
sudario y mortaja.
¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!
 6. Venid a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos
la gloria de la Pascua».
 7. Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.
 8. Rey vencedor,
apiádate de la miseria humana
y da a tus fieles
parte en tu victoria santa.
1. Victimae paschali laudes
immolent Christiani.
Agnus redemit oves:
Christus innocens Patri
reconciliavit peccatores.
 2. Mors et vita duello
confluxere mirando:
dux vitae mortuus,
regnat vivus.
 3. Dic nobis Maria,
quid vidisti in via?
Sepulcrum Christi viventis,
et gloriam vidi resurgentis:
 4. Angelicos testes,
sudarium, et vestes.
Surrexit Christus spes mea:
praecedet suos in Galilaeam.
 5. Scimus Christum surrexisse
a mortuis vere:
Tu nobis, victor Rex, miserere



El inicio del himno *Victimae paschali*, juntamente con su última estrofa «*tu nobis, victor Rex*», son un himno de alabanza a Cristo, Víctima pascual. “Agnus redimit oves”, las ovejas han sido salvadas gracias al Cordero que ha ofrecido su vida y su sangre como precio de rescate para la humanidad. Resuena el texto pascual de la Primera carta a los corintios: «Porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo» (1Co 5,7).

«*Mors et vita duelo*». Este fragmento nos invita adentrarnos en el misterio pascual con la imagen dramática de la lucha solemne entre la vida y la muerte personificadas: «¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la ley. ¡Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!» (1Cor 15,55-57).

«*Dic nobis Maria, quid vidisti in via?*» es el inicio del diálogo entre la comunidad y el personaje bíblico de santa María Magdalena. Ella sale muy de mañana al sepulcro para llorar la muerte del Maestro, y se encuentra con el Resucitado. Ante la pregunta de la comunidad está la respuesta de María, que enumera todo lo que ha visto: al Señor glorioso, la tumba vacía, el testimonio de los ángeles,

las vendas y la sábana... todo habla de vida, de triunfo, de resurrección.

«*Surrexit Christus spes mea*», el anuncio de la resurrección que la secuencia pone en boca de María, profesión de fe en Dios, el único en quien puede reposar toda nuestra esperanza. Y que en la última estrofa del himno llevará a toda la comunidad a proclamar la confesión de fe en Cristo resucitado: «*Scimus Christum surrexisse*».

«*Precedet suos in Galileam*», ahora es la Magdalena quien nos invita a nosotros a ir al encuentro del Señor resucitado. Este episodio de los hechos solo lo encontramos escrito en Marcos y Mateo, pero los dos evangelistas lo hacen a través del ángel que se aparece a las mujeres (Mc 16,7 y Mt 28,7). Y Mateo repite esta petición poniéndola en boca del mismo Jesús cuando se aparece a las mujeres (Mt 28,10). Galilea es el lugar donde comienza la misión de Jesús, es el lugar de la llamada a los discípulos. Galilea se convierte en el hoy y aquí de nuestro día a día, donde Cristo resucitado nos espera, donde quiere encontrarse con cada uno de nosotros.

IN MEMORIAM BENEDICTO XVI

Desde Misa Dominical nos unimos a la oración de la Iglesia por la muerte del papa emérito Benedicto XVI. Poco podemos añadir a todo lo que se ha dicho y se ha escrito de él. Aún así, agradecemos su entrega y servicio al Pueblo de Dios como humilde servidor de la viña del Señor. Y aprovechamos su sabiduría y su magisterio para ofreceros un fragmento de la *lectio divina* que dio a su clero durante el Año Sacerdotal, mientras era obispo de Roma.

«Iniciar siempre la Cuaresma con mi presbiterio, con los presbíteros de Roma, es una tradición que me llena de gozo, y también es importante para mí. Así, como Iglesia particular de Roma, pero también como Iglesia universal, podemos emprender este camino esencial con el Señor hacia la pasión, hacia la cruz, el camino pascual.

Este año queremos meditar los pasajes de la Carta a los hebreos que acabamos de leer. El autor de esta carta abrió un camino nuevo para entender el Antiguo Testamento como libro que habla de Cristo. La tradición precedente había visto a Cristo sobre todo, esencialmente, según la clave de la promesa davídica, del verdadero David, del verdadero Salomón, del verdadero rey de Israel, verdadero rey porque era hombre y Dios. Y la inscripción en la cruz realmente había anunciado al mundo esta realidad: ya está presente el verdadero rey de Israel, que es el rey del mundo; el rey de los judíos está colgado en la cruz.

Es una proclamación de la realeza de Jesús, del cumplimiento de la espera mesiánica del Antiguo Testamento, que, en el fondo del corazón, es una expectativa de todos los hombres que esperan al verdadero rey, que da justicia, amor y fraternidad. [...]

En el canon romano, después de la consagración, tenemos la oración *supra quae*, que menciona algunas prefiguraciones de Cristo, de su sacerdocio y de su sacrificio: Abel, el primer mártir, con su cordero; Abraham, que sacrifica en la intención a su hijo Isaac, sustituido por el cordero que da Dios; y Melquisedec, sumo sacerdote del Dios Altísimo, que lleva pan y vino. Esto significa que Cristo es la novedad absoluta de Dios y, al mismo tiempo, está presente en toda la historia, a través de la historia, y la historia va hacia el encuentro con Cristo. Y no solo la historia del pueblo elegido, que es la verdadera preparación querida por Dios, en la que se revela el misterio de Cristo, sino también desde el paganismo se prepara el miste-

rio de Cristo, existen caminos hacia Cristo, el cual lleva todo en sí mismo.

Esto me parece importante en la celebración de la Eucaristía: aquí está recogida toda la oración humana, todo el deseo humano, toda la verdadera devoción humana, la verdadera búsqueda de Dios, que se encuentra finalmente realizada en Cristo. Por último, es preciso decir que ahora el cielo está abierto, el culto ya no es enigmático, en signos relativos, sino que es verdadero, porque el cielo está abierto y no se ofrece algo, sino que el hombre se convierte en uno con Dios y este es el verdadero culto. Así dice la Carta a los hebreos: "Nuestro sacerdote está a la derecha del trono, del santuario, de la tienda verdadera, que el Señor Dios mismo ha construido" (cf. 8, 1-2).

Volvamos al dato de que Melquisedec es rey de Salem. Toda la tradición davidica se ha referido a esto diciendo: "Este es el lugar, Jerusalén es el lugar del culto verdadero, la concentración del culto en Jerusalén viene ya de los tiempos de Abraham, Jerusalén es el lugar verdadero de la auténtica veneración de Dios".

Demos otro paso: la verdadera Jerusalén, el Salem de Dios, es el Cuerpo de Cristo; la Eucaristía es la paz de Dios con el hombre. Sabemos que san Juan, en el prólogo, llama a la humanidad de Jesús "la tienda de Dios", *eskenosen en hemin* (Jn 1, 14). Aquí Dios

mismo ha creado su tienda en el mundo y esta tienda, esta Jerusalén nueva y verdadera está al mismo tiempo en la tierra y en cielo, porque este sacramento, este sacrificio se realiza siempre entre nosotros y llega siempre hasta el trono de la Gracia, a la presencia de Dios. Aquí está la verdadera Jerusalén, al mismo tiempo celestial y terrestre: la tienda que es el Cuerpo de Dios, que como Cuerpo resucitado sigue siendo siempre Cuerpo y abraza la humanidad; y, al mismo tiempo, al ser Cuerpo resucitado, nos une a Dios. Todo esto se realiza siempre de nuevo en la Eucaristía. Y nosotros como sacerdotes estamos llamados a ser ministros de este gran misterio, en el sacramento y en la vida. Roguemos al Señor que nos haga entender este misterio cada vez mejor, vivir cada vez mejor este misterio y ofrecer así nuestra ayuda para que el mundo se abra a Dios, para que el mundo sea redimido. Gracias."

Benedicto XVI. Encuentro con el clero de Roma, 18 de febrero de 2010.

FORMACIÓN LITÚRGICA

Por Gabriel Seguí, a partir de la Carta apostólica «Desiderio desideravi» del papa Francisco

La liturgia: lugar de encuentro con Cristo (nn. 10-13)

Francisco retoma en esta sección el tema de la encarnación desde un punto de vista existencial, no intelectual, porque «la poderosa belleza de la liturgia» consiste en el hecho de que posibilita el encuentro con el verbo encarnado (Dd 10). De este modo, el Papa hace frente a concepciones de la liturgia simplemente simbólicas y enmarca la encarnación en el conjunto de la acción trinitaria en la historia de la salvación: «La encarnación, además de ser el único y novedoso acontecimiento que la historia conoce, es también el método que la Santísima Trinidad ha elegido para abrirnos el camino de la comunión. La fe cristiana, o es un encuentro vivo con Él, o no es» (Dd 10). Por eso, «No nos sirve un vago recuerdo de la última Cena, necesitamos estar presentes en aquella Cena, poder escuchar su voz, comer su Cuerpo y beber su Sangre» (Dd 11).

Se trata de un planteamiento sumamente tradicional de la liturgia: Jesucristo está en los sacramentos personalmente y de una manera salvífica y eficaz, pero Francisco articula este argumento clásico de

la teología sacramental desde la clave del encuentro personal: hace un planteamiento personalista, dialogal (cf. Dd 7), de la relación entre Cristo y el creyente en la celebración. Cuando celebramos nos encontramos personalmente con él como los personajes que aparecen en los evangelios: Nicodemo, la Samaritana, etc. (Dd 11), y él nos toca, nos mira, nos habla...; así la liturgia nos transforma en contacto con el Señor.

El bautismo es la primera vez que experimenta la Pascua del Señor, no de un modo mágico, porque la liturgia no pretende dominar a Dios, sino que los sacramentos son una participación en la Pascua mediante el Espíritu (Dd 12). Aquí parece la relación entre la creación y el bautismo, comentando la plegaria de bendición del agua bautismal: «mientras Dios creaba el agua pensaba en el bautismo de cada uno de nosotros, y este pensamiento le ha acompañado en su actuar a lo largo de la historia de la salvación cada vez que, con un designio concreto, ha querido servirse del agua» (Dd 13).

GABRIEL SEGUÍ I TROBAT, MSSCC

BENDECIR

«Benedicid, sí, no maldigáis» (Rom 12,14). Bendecir es un verbo que hace referencia a las palabras o actos con que se invoca la bondad de Dios sobre una persona, sobre el pueblo, sobre un lugar de la vida (la casa) o de trabajo (el taller, el camión...), etc. Esto es lo que significa, por ejemplo, la antigua y tan bella bendición que nos transmite el libro de los Números: «El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (6,24-26). Igualmente, tantas bendiciones que tenemos en los libros litúrgicos y en el Bendicional.

Junto con este significado del verbo bendecir, podemos considerar lo que nos aporta su etimología: decir bien, hablar bien, hacer el bien con las palabras que salen de la boca, expresar el deseo de felicidad a alguien.

Dicho esto, si fijamos la mirada (o mejor, el oído) en la realidad que vivimos, nuestro entorno inmediato, los medios de comunicación, las redes sociales... tenemos que constatar que vivimos rodeados de muchas expresiones verbales que son agresivas, violentas. Palabras que

crean mal ambiente, que dividen, que alimentan la crispación y, demasiadas veces, van ligadas a actos violentos terribles. Palabras que, según aquello que dice Jesús, de lo que rebosa el corazón habla la boca (Lc 6,45), manifiestan que como sociedad tenemos un grave problema.

Debemos cuidar del corazón. Trabajar, con la meditación y la oración, para ir convirtiendo los deseos, para ir configurando nuestros corazones al corazón de Jesús, al corazón de Dios, fuente y origen de toda bendición. Centrar nuestra mirada, nuestro oído, nuestro corazón... todo nuestro ser en Aquel que pasó haciendo el bien (Hch 10,38). Y, al mismo tiempo, cuidar nuestra lengua, nuestra boca, porque lo que decimos «maldiciendo», aunque a veces sea sin pensar, también da forma (negativa) al corazón; y al revés, las buenas (y sinceras) palabras ayudan a configurar un corazón bueno a quien las emite, así como a quien las escucha. No es porque sí que san Pablo nos recomienda: «Benedicid, sí, no maldigáis».

JOSEP MARIA ROMAGUERA

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Diputació 231 - 08007 Barcelona
☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicación: David Álvarez

Año LV

Suscripción anual: 89,00€ €

Precio de cada ejemplar: 6,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975